

# UNA MUJER EN OLIMPIA

Creo que si digo que mi familia es la que más veces ha ganado las olimpiadas en la lucha de pancracio, nadie en Grecia se atreverá a discutirlo. Esta tradición fue inaugurada por mi padre, el gran Diágoras de Rodas. Lo de “gran” viene porque mide más de seis pies de alto. A él le siguieron mis tres hermanos. Todos volvieron a casa como héroes, coronados de laurel y, hace cuatro años, en las últimas olimpiadas, mi sobrino Euclés inauguró nuestra tercera generación de campeones de pancracio. Como podéis ver tengo una familia peculiar.

Todo el mundo había asumido que yo, Calipatia, la única hija de Diágoras que nunca sería campeona olímpica, me limitaría a vivir una vida corriente, a ser una mujer y una madre respetable. Pero, teniendo en cuenta los últimos acontecimientos, no podían estar más equivocados.

Hace una semana empezaron las olimpiadas y el atleta que iba en representación de Tebas era mi único hijo, Psidoro. Llevo entrenándole desde los siete años gracias a lo que aprendí de mi curiosa familia cuando era pequeña. Psidoro se ha convertido en un atleta magnífico. Es todo lo fuerte y rápido que un hombre puede ser, perfecto para el pancracio. Solo hay un problema: las mujeres tienen vetada la entrada. No había nada que yo pudiera hacer y, sin embargo, no podía soportar estar toda la semana sin saber siquiera si ha sobrevivido a los violentos combates.

En mi familia siempre encontramos la manera de conseguir lo que queremos, así que cuando mi hijo y el resto de hombres de mi familia salieron en carro camino hacia Olimpia, yo me escondí entre el equipaje vestida con una túnica de hombre y llevando un peligroso plan en mi cabeza.

El viaje se hizo largo, partimos antes del alba y llegamos cuando ya se había puesto el sol, pero parecieron semanas por el aplastante calor griego del mes de hecatombeón. Cuando llegamos estaba oscuro y logré salir del carro sin que nadie me viera. Se intuía que estábamos en un bosque en el que había algunos edificios esparcidos, pero lo que más me impactó de ese lugar fue la sensación de estar en un sitio grandioso y sagrado en el que se mezclaba la presencia de algo imponente y arcano con el ambiente festivo de los hombres. En Olimpia se unían dos mundos: el humano y el divino.

Cuando toda mi familia hubo bajado del carro intercepté a Dorieo, mi hermano favorito con quien llevo bien. Nadie se dio cuenta. Dorieo tardó unos segundos en reconocermelo, y, antes de que pudiera decir nada, le expliqué mi plan: me inscribiría como entrenadora o, mejor dicho, entrenador de mi hijo, lo que me permitiría estar en la palestra sin levantar sospechas. Para ello tendría que ir toda la semana vestida de hombre sin que nadie me reconociera. Mi hermano me regañó durante lo que pareció una eternidad, pero finalmente dijo que fuera corriendo a inscribirme mientras él daba la “sorpresa” al resto de mi familia.

# UNA MUJER EN OLIMPIA

Y así, fue como me salí con la mía. Muy satisfecha de mí misma, me acomodé en mi alojamiento. Estaba segura de que recibiría muchas más regañinas al llegar a casa. Pero, en ese mismo instante, tumbada sobre una cama que no era la mía, en una habitación desconocida, olvidé todo el miedo a lo que podía pasar si me descubrían, y solo me quedó la sensación de que, aunque fuera una mujer, podía hacer cualquier cosa, de que la vida a veces te sonrío y deja de ser injusta por unos instantes.

A la mañana siguiente me vestí con la única túnica que llevaba. Lo primero que hice fue explorar Olimpia. Era incluso más bello de lo que me imaginaba. Los atletas entrenaban desnudos en las instalaciones de cada disciplina y las personas que habían venido a verlos de todos los rincones de Grecia empezaban a salir a tomar el aire matutino. Los edificios repartidos por el bosque sagrado que constituye Olimpia estaban rodeados de árboles centenarios que habían visto siglos de victorias y derrotas.

Tras pasar los edificios de alojamiento y las instalaciones deportivas me encontré en la zona de los templos. Primero vi el edificio en el que se guardan los tesoros ofrecidos a los dioses y después sus templos. Finalmente llegué al templo de Zeus. Enormes columnas sujetaban un frontón tan alto que parecía tocar el mismo cielo. Era espléndido y sobrecogedor al mismo tiempo. Todo estaba pintado de colores que resplandecían al sol y sus relieves eran tan realistas que parecían irse a mover. Hice mis oraciones ante la estatua de Zeus, que se veía a través de la puerta, y pedí porque todo saliera bien.

Durante toda la semana se fueron sucediendo las distintas competiciones. Las primeras fueron el lanzamiento de disco y de jabalina, seguidas por las carreras de carros y a pie. Mas tarde se celebraron el pentatlón y las demás disciplinas. Las eliminatorias de pancracio no empezaron hasta el cuarto día. Mi hijo ganó los tres combates y se clasificó para la gran final. En los ratos libres vimos los concursos de música y teatro que se organizaban con los mejores actores griegos e intérpretes de lira.

La final de pancracio no se celebró hasta el último día. Os aseguro que fue mucho más violenta y brutal de lo que podáis imaginar. El pancracio es una lucha sin apenas reglas, hasta que uno se rinda o, en los peores casos, muera. El otro clasificado para la final no se supo hasta que terminaron los combates, y resultó ser un espartano de la misma edad que Pisidoro. Era más bajo que él, pero le había visto luchar y era muy bueno. En ese momento me asaltaron las dudas. Solo habían muerto dos personas en lucha de este año, pero ¿y si mi hijo era el tercero? Este deporte es realmente peligroso ¿De verdad merecía la pena?

No tuve mucho tiempo para pensar en ello ya que tuvimos que entrar en la palestra. Es un cuadrado muy grande de arena delimitado por una valla y rodeado por una columnata que sujeta un soportal. Cuando los jueces se colocaron en sus sillas sonó una trompeta que avisaba a los participantes para que se fueran preparando. Ya no había marcha atrás. Miré a mi hijo y sentí miedo, pero tenía que ser valiente y hacerlo por él. Le di ánimos y repasamos algunas estrategias. Después entró en la arena con su rival. El combate había comenzado.

# UNA MUJER EN OLIMPIA

El espartano comenzó atacando, pero Pisidoro fue capaz de esquivarle. Después, la pelea se volvió mucho más violenta. En un momento, mientras mi hijo encajaba un golpe, su oponente hizo un amago de estrangularle. Esto es lo más peligroso, ya que, si se consigue llevarlo a cabo bien, no hay manera de soltarte, has perdido el combate. Por suerte se recuperó rápidamente y se retorció para salir. Entonces el espartano le hizo una llave que le tiró al suelo, pero Pisidoro se incorporó y le lanzó un golpe seco en la parte lateral de la mandíbula, un golpe con el que mi padre había ganado las olimpiadas. El espartano quedó inconsciente, lo que significaba que Pisidoro había ganado. Más que eso, mi hijo había sobrevivido. Le sangraban la nariz y la boca, tendría varios huesos rotos, pero estaba vivo y sonreía. Todo el estadio aplaudió.

La verdad es que no lo pude evitar y salté por encima de la valla para abrazarle. Tuve la mala suerte de que mi túnica se enganchó y escuché un sonido de tela desgarrada. La tela hecha jirones se cayó y mi secreto quedó al descubierto. Mi cabeza empezó a dar vueltas. Yo sabía que el castigo por colarse era la muerte.

Pero no habían terminado los jueces de dictar la sentencia cuando se dieron cuenta de lo difícil que iba a ser explicarles a seis campeones olímpicos que iban a ejecutar a un miembro de su familia. El juez se quedó pensando un momento y luego dio un largo discurso sobre lo honorable que era mi familia y que por respeto a ellos me indultaban. Claro que me hicieron jurar por todos los dioses que nunca volvería a hacer algo así.

Decretaron que saliera al alba de vuelta a Tebas acompañada por uno de mis hermanos. Lo que nos lleva a este preciso momento: el carro en el que voy ya se aleja de Olimpia, pero, todavía puedo ver los primeros rayos de reflejándose en los grandiosos templos. Olimpia, ciudad de hombres y dioses. Es una lástima que no vaya a poder volver nunca. Aunque... ¿Quién sabe? Dentro de cuatro años tal vez me compre una túnica más resistente.